

¿POR QUÉ SONARON LAS CAMPANAS

3º - 4º

① Peter A.

De - um ve - rum lau - do, ple - bem vo - co, cle - rum con - gre - go,

②

pe - stem fu - go, ful - gu - ra fran - go, fe - sta de - co - ro,

③

vi - vos vo - co, mor - tu - os plan - go.

④

⑤

<https://ideaswaldorf.com/antiguo-dicho-delas-campanas/>

Cuenta una vieja leyenda que una vez, en el corazón de Alemania, había una iglesia muy antigua y hermosa, con un campanario de campanas de el más bello sonido. Pero esas campanas habían enmudecido, y sólo circulaba un dicho: que un día de Navidad recuperarían su sonido si alguien llevaba lo más valioso que tuviese a la iglesia y lo colocara sobre el altar. El rey de ese país decidió que en la próxima Navidad, cada hombre, cada mujer y cada niño de aquella ciudad entregara su tesoro sobre el altar.

Llegó la Navidad y la gente se encaminó a la vieja iglesia. Delante iba el rey, quien apoyó sobre el altar su valiosa corona. El pueblo quedó maravillado ante su esplendor y aguardó en silencio, pues, *¿qué podía haber más exquisito que la corona del rey?* Pero las campanas no sonaron.

Se acercó la reina, acompañada por sus damas, y colocó el tesoro de sus perlas y joyas sobre el altar, pero ningún sonido se escuchó del viejo campanario.

Llegó un guerrero y dejó su espada sobre el altar, pero las campanas guardaron silencio.

Una señora trajo un hermoso vestido, cuyo bordado le había llevado años, pero las campanas no se escucharon.

Una doncella trajo una flor maravillosa, raras veces vista, que había plantado con sus propias manos y cuidado como un tesoro, pero a su ofrenda la siguió el silencio.

En la parte más alejada de la ciudad vivía un pequeño muchacho, Pedro era su nombre. Él había ahorrado durante meses cada céntimo. En duro trabajo había ganado ese exiguo dinero para poder brindarlo en la Navidad. Ahora caminaba para llevar su ofrenda. Ya casi había llegado a la iglesia, cuando un quejido alcanzó su oído. Salía de una callejuela. Allí, debajo de un puente, estaba acurrucado un perro con una pata gravemente herida y ensangrentada.

¿Qué debía hacer?

Muy tarde había terminado con su trabajo ese día, para poder agregar una última moneda a su tesoro.

Si se demorara en llevar el perro a casa para curar su herida, se cerraría la iglesia y toda su esperanza de escuchar las campanas se desvanecería.

Otra vez llegó a su vida el quejido del animal. Pedro sacó la mano del bolsillo donde guardaba el dinero ganado con tanto esfuerzo, tomó en sus brazos al perro y corrió con él a casa tan ligero como pudo. Una vez llegado, llamó a su hermano, más pequeño que él:

"Pronto, Juan, toma este dinero y corre a la iglesia y colócalo sobre el altar. Corre lo más rápido que puedas. Podría ser que cerraran la iglesia, sin que hayan tocado las campanas".

Luego se puso a curar al perro. Su hermano corrió a la iglesia. Ya el último rayo del sol caía dentro de la misma.

En silencio se encontraban reunidas allí todas las personas. Ya casi sin esperanzas, pero aguardando sin embargo un milagro.

Ofrenda tras ofrenda se había colocado sobre el altar, pero las campanas habían permanecido en silencio.

En el momento en que las primeras personas se habían levantado para abandonar la iglesia, llegó un niño sin aliento y gateando por la prisa, subió los escalones hacia el altar, colocando sobre él unas monedas de cobre.

De pronto se escuchó desde el campanario la música más maravillosa. Inundó la iglesia, el aire, la ciudad y hasta los rincones más recónditos con escalas melodías. El pueblo entero cayó sobre sus rodillas con alegría y gratitud, alabando a Dios, y también aquéllos que durante años no habían pronunciado oración alguna. Las madres apretaron a sus niños contra sus pechos y toda la ciudad estaba envuelta en celestial armonía, como si se encontrase de pronto, muy cerca del corazón de Dios.

Desde una ventana, allá lejos, en el último rincón de la ciudad, estaba mirando Pedro. Sus ojos muy azules brillaban llenos de alegría. Todo su deseo se había cumplido y en su corazón reinaba paz. Había sido su humilde ofrenda, la que había logrado hacer sonar las campanas.

Traducción de Ana María Rauch